

## Cristo, Centro de la Biblia

Por Nestor Giraldo R., Pbro.

Mirada la Biblia desde un punto de vista puramente humano, aparece como un conjunto abigarrado de escritos, que reflejan mentalidades y épocas diferentes, diversos niveles de cultura en el pueblo y en los escritores, puntos de vista diferentes sobre problemas humanos y situaciones históricas. De tal manera que, como dice Pío XII en la Encíclica "Divino Afflante Spiritu", un análisis histórico-literario nos permite descubrir toda la huella humana dejada por el instrumento inteligente de que se valió Dios para manifestarnos su verdad.

Pero rompiendo la corteza y profundizando un poco en el contenido, aparecen en seguida líneas comunes que acaban por formar una trama maravillosa de insospechada unidad, cuando comprobamos que la índole de estos escritos es esencialmente religiosa. En el campo de lo religioso, es decir, de las relaciones de Dios con el hombre y la respuesta de éste en el ámbito de fé, estos libros aparecen iluminados por una luz que manifiesta su unidad. Se encuentra un hilo continuo que atraviesa todo el relato bíblico y une todos los episodios, desde los orígenes del universo hasta las visiones escatológicas del Apocalipsis.

Esta unidad de la Biblia, no obstante la multiplicidad de autores humanos, es uno de los aspectos más apasionantes de la revelación sobrenatural: el Dios único, creador de cielo y tierra, el que llamó a Abraham, el que plasmó la nacionalidad de Israel y le hizo su pueblo, el que inspiró a los profetas y se hizo luego visible en la encarnación para hablar personalmente con los hombres (Cfr. Heb. 1, 1-2), es el que habla por diferentes bocas: uno sólo es el mensaje, muchos en cambio son los mensajeros; una sola es la palabra de salvación pronunciada por Dios desde la eternidad, múltiples los sonidos y las lenguas que le hacen eco en el tiempo para que los hombres puedan leer y entender, en lenguaje hecho a su medida, la intención de Dios. Dios está por fuera y por encima del espacio y del tiempo, pero nosotros, hombres condicionados por una época, hijos de una determinada cultura, situados dentro de unas coordenadas geográficas, escuchamos a Dios que se "acomoda" a nuestra manera de hablar y de entender: "Sin mengua de la verdad y de la santidad de Dios, la Sagrada Escritura nos muestra la admirable **condescencia** de Dios, ¡para que aprendamos su amor inefa-

ble y cómo adapta su lenguaje a nuestra naturaleza con su providencia solícita! La Palabra de Dios expresada en lenguas humanas, se hace semejante al lenguaje humano, como la palabra del Eterno Padre, asumiendo nuestra débil condición humana, se hizo semejante a los hombres" (Concilio Vaticano II, Constitución "Dei Verbum" N° 12).

En la afirmación de esta unidad de mensaje bíblico coincidimos cuantos aceptamos su origen divino, ya seamos cristianos o judíos, cada cual con los matices que son propios de su respectivo credo religioso.

**1) Unidad del mensaje para los judíos.** — El judío creyente encuentra la historia de los orígenes de su pueblo y su razón de ser histórico-religiosa, sus especialísimas relaciones con Yahweh a partir del pacto del Sinaí, las gestas gloriosas en que se forjó su nacionalidad y se acumularon riquezas invaluable en su tradición, en la Torah, que es nuestro Pentateuco. Descubre que es hijo de Abraham, de quien hereda "la promesa" y se siente orgulloso de su raza y de su nación, unificada al rededor del gran Patriarca: los milenios de peregrinaje por el mundo, sin confundirse, sin ser absorbido por otras culturas o por otras nacionalidades, siempre perseguido y nunca destruído, lo reafirman en sus prerrogativas enunciadas en la Torah y le estimulan a ser siempre fiel a esta sagrada tradición de sus mayores.

La lectura de las enseñanzas y tradiciones consignadas en los Nebi'im (profetas) y en los Ketub'im (escritos), le descubre las vicisitudes de sus antepasados, unas veces fieles a Yahweh, prevaricadores otras, pero siempre paternalmente amonestados y castigados saludablemente por el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; alimentan las esperanzas mesiánicas y centran el destino histórico del pueblo en los días futuros y felices en que el "Mashiaj ben David", el ungido hijo de David, heredero de las prerrogativas de la dinastía davídica, renueve los días del antiguo esplendor y congregue de nuevo a su pueblo (Cfr. 2 Macb. 2, 7): "Sucederá a lo postrero de los tiempos que el monte de la casa de Yahweh será consolidado por cabeza de los montes y será ensalzado sobre los collados y se apresurarán a él todas las gentes y vendrán muchedumbres de pueblos diciendo: Venid y subamos al monte de Yahweh, a la casa del Dios de Jacob, y El nos enseñará sus caminos, e iremos, por sus sendas, porque de Sión ha salido de Ley y de Jerusalén la palabra de Yahweh" (Is. 2, 2 ss.).

Bajo el ceiro de este caudillo davídico el mundo llegará a una era de paz y armonía sólo comparable con aquella primera situación de equilibrio y bonanza que precedió a la prevaricación del hombre en el Jardín de Edén (Cfr. Is. C. 11).

Descubre, pues, el judío piadoso en sus libros sagrados una unidad perfecta que encamina todos sus pasos hacia una expectación mesiánica: todo está enfocado hacia un punto luminoso, un momento futuro en la historia, de perfiles no muy definidos, pero época de gloria y esplendor para el pueblo congregado al rededor del Rey Mesías.

Con las impresiones inevitables en toda generalización y tratando de hacer esbozo y no caricatura, creemos que se puede sintetizar en lo anterior el pensamiento mesiánico de la exégesis rabínica, como aparece en los grandes maestros de la antigüedad judaica.

2) **La posición cristiana.** — La Iglesia recogió con veneración los libros sagrados de manos de la Sinagoga y los hizo propios porque en ellos hallaba la palabra de Dios. No había una ruptura con el pasado, sino una realización de las promesas: era “lo postrero de los tiempos” (Is. 2, 2; Mic. 4, 1), la última etapa en las relaciones de Dios con los hombres. En posesión de las realidades mesiánicas, los cristianos releen en un contexto “cristológico” las sagradas páginas del Antiguo Testamento y las hallan “hinchadas de Cristo”. Una lectura regresiva, a partir del “misterio de Cristo”, les permite ver cómo la revelación va caminando con el hombre y cómo la pedagogía de Dios va entregando en forma progresiva su mensaje, en la medida en que las condiciones del hombre le van “capacitando”, por así decirlo, para una mejor comprensión de su palabra. La convicción de toda la exégesis cristiana, desde sus orígenes, es que el Antiguo Testamento sin el Nuevo es como una pirámide sin vértice, una maravillosa “sinfonía inconclusa”. La Ley y los profetas sin la realidad que es Cristo, son como un árbol sin fruto, un día con aurora, pero sin que la luz llegue a su cenit; una siembra difícil, larga y dolorosa, sin cosecha que compense los esfuerzos; casi diríamos, una maternidad sin prole, una gravidez frustrada.

Esta perspectiva “cristocéntrica” en la lectura del Antiguo Testamento la expresa, entre otros, San Agustín en forma gráfica: “En el Antiguo Testamento está el escondite del Nuevo, en el Nuevo Testamento está la manifestación del Antiguo” (De catechizandis rudibus, c. 4). Y en uno de sus sermones dice: “El Antiguo Testamento es la promesa figurada; el Nuevo Testamento es la promesa entendida espiritualmente” (Sermón 4, C. 8, N<sup>o</sup> 9).

Esta persuasión cristiana no fue fruto de la especulación de algunos hábiles pensadores cristianos de primera hora: los apóstoles la recibieron de los labios mismos de Cristo. “Escudriñad las Escrituras... pues ellas dan testimonio de mí” (Juan 5, 39), dijo en tono desafiante a sus adversarios. Y a cada paso tropezamos en la narración evangélica con frases como ésta: “Esto aconteció para que se cumplieran las Escrituras” (Cfr. Juan 19, 28, 36, 37; Mat. 26, 54). San Lucas nos cuenta cómo, al hacerse en contradicho a los discípulos camino de Emaús, “comenzando por Moisés y por todos los profetas, les fue declarando cuanto a El se refería en todas las Escrituras” (Luc. 24, 27). Uno de los puntos importantes en la preparación de los apóstoles para el cumplimiento de su misión de evangelizadores fue el “abrirles la inteligencia para que entendiesen las Escrituras” (Luc. 24, 45). Así, pues, los predicadores cristianos de primera hora se nutrieron en las páginas del Antiguo Testamento para mostrar su cumplimiento en la vida y obra de Jesús.

Antes que existiese el texto de los evangelios, cuando el Nuevo Testamento empezaba a formarse en la tradición oral, la lectura de Moisés y los profetas ocupaba ya una buena parte en la liturgia cristiana: reunidos los fieles se escuchaba atentamente la lectura del Antiguo Testamento, a imitación del culto sinagoga de los sábados al que estaban habituados los cristianos procedentes del judaísmo. A continuación la instrucción dada por el apóstol que presidía, mostraba la realización de las profecías en la persona del Señor Jesús. Empezaba ya a esbozarse lo que más tarde sería la homilía de la liturgia de la palabra.

Los escritos apostólicos se encargan de darnos una visión detallada. En el Evangelio de San Mateo, Jesús aparece como el heredero del trono de David y como genuino vástago de Abraham en quien llega a su culminación la promesa (Cfr. Gal. 4, 16). Trae una ley nueva que no viene a sustituir la antigua, sino a perfeccionarla (Mat. 5, 17); su presencia en el mundo lleva a su cumplimiento los vaticinios de los profetas (Cfr. Mat. 3, 12, 17; 11, 4-6). Su sangre sella la nueva alianza anunciada por Jeremías (Mateo 26, 28; Jeremías 31, 31-34).

San Marcos, sin multiplicar las alusiones explícitas al Antiguo Testamento, nos presenta la figura de Jesús, Hijo de Dios, verdadero Mesías que llena las aspiraciones del pueblo de Israel, nacidas del estudio de los Escrituras.

San Lucas, ya desde el principio le presenta como quien recibirá "el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob eternamente" (Luc. 2, 3, 33; Cfr. 2 Sam. 7, 16).

Su venida al mundo realiza plenamente la salvación prometida por Dios a los patriarcas (Cfr. cánticos del Magnificat, Benedictus, Nunc Dimittis). Pero es un salvador de brazos abiertos, que acoge a los pecadores (Cfr. parábola del Hijo Pródigo y de la dracma perdida), que no limita su obra salvadora a los descendientes de Abraham, según la carne, sino al Israel espiritual que forman todos los que por la fé entran a disfrutar de la promesa. Este universalismo tan claro de San Lucas proviene de la doctrina de Pablo, de quien fue discípulo.

San Juan, en su "Evangelio espiritual" hace una "conexión" perfecta entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, cuando nos presenta a la Palabra de Dios, presente en la creación, que toma carne y "acampa" entre los hombres para realizar de múltiples maneras realidades anunciadas en diferentes hechos y personas del Antiguo Testamento: "porque la Ley fue dada por Moisés: la gracia y la verdad nos han venido por Jesucristo" (Juan 1, 17).

Esta visión cristológica será ampliamente estudiada e ilustrada por Pablo, bajo más de un aspecto. En sus cartas a Gálatas y Romanos, especialmente, luchará contra la estrecha visión de quienes quieren reducir el ámbito de la misión de Cristo: la verdadera descendencia de Abraham viene por la fé en Cristo, en quien se realizan plenamente las promesas (Cfr. Rom. 4, 13-24; Gal. 3, 6-29). Cristo ha anulado toda división fundada en la carne y en la sangre: "Pues El es nuestra paz, que hizo de los dos pueblos uno, derribando el muro de separación, la enemistad, anulando en su carne la Ley de los mandamientos formulada en decretos, para hacer en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, y estableciendo la paz y reconciliándolos a ambos en un solo cuerpo con Dios, por la cruz, dando muerte en sí mismo a la enemistad" (Efes. 2, 14-16).

Esta visión cristocéntrica de Pablo llega a su culminación en la sublime doctrina, genuinamente paulina, de la unificación de todo en Cristo: el cosmos y los hombres, lo visible y lo invisible. Aquella "ansiosa expectación" (Romanos 8, 19) del cosmos que está inquieto en espera de su integración en el misterio de Cristo "en quien fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles... todo fue creado por El y para El. El es antes que todo y todo subsiste

en El" (Colos. 1, 16 ss.), en quien "se recapitulan todas las cosas" (Efes. 1, 10). Tema tan sublime y delicado, apenas podemos enunciarlo; pero dejarlo en el olvido sería ignorar un capítulo central de la visión cristocéntrica del Apóstol.

Omito, para no alargarme, alusiones a los demás libros del Nuevo Testamento: lo que nos dice la carta a los Hebreos, las enseñanzas de las epístolas de San Pablo y la síntesis cristológica del Apocalipsis. Todo esto es hermoso y materia inagotable de estudio y meditación.

Pasemos brevemente a la antigüedad cristiana.

No podíamos esperar de la exégesis de los Padres cosa distinta que profundizar en la línea señalada por los escritos sagrados del Nuevo Testamento. Sobre el tema se ha escrito mucho y con gran propiedad y no me toca ahora tejer una historia de la exégesis cristológica cristiana. Basta una ojeada general.

Espigando al azar en el siglo II, cuando la exégesis bíblica empezaba a nacer y todavía no existía un sistema ni un método científico definido, encontramos, sin embargo, la convicción de la unidad de los Testamentos en Cristo. Esta es una verdad que domina los escritos de San Ireneo, obispo de Lyon. De él tomamos esta frase, como muestra: "En todas estas cosas y por todas ellas aparece un solo Dios Padre, que formó al hombre y prometió a los patriarcas la herencia de la tierra y los condujo a la resurrección de los justos, el cual cumple sus promesas en el Reino de su Hijo, para otorgar finalmente con amor de padre aquellas cosas que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano pudo comprender" (*Adversus haereses*, XXXVI, 3).

No tardó el talento de los pensadores cristianos en sistematizar el estudio de las Escrituras para ahondar más sabiamente en su doctrina. Toda la literatura sobre los sentidos bíblicos se encamina a descubrir en qué forma y en qué grado aparece la verdad de Cristo en cada una de las páginas sagradas. Podemos decir que la búsqueda del misterio de Cristo, prefigurado y anunciado en el Antiguo Testamento, fue lo que movió a los investigadores cristianos a la magnífica elaboración, hoy ya muy segura, de los sentidos de las sagradas letras.

Los primeros en ejercer su talento y agudeza fueron los alejandrinos. Sabemos cómo en la alta antigüedad cristiana se dieron cita hombres de gran talento en la ciudad de Alejandría, émula de la ciencia y el saber de Atenas. Alrededor de Panteno, de Orígenes, de Clemente, se congregó una pléyade de alumnos que constituyeron la primera universidad cristiana de la historia. Esta escuela de catequesis y de exégesis bíblica tuvo mucho que ver con la teología de los cinco primeros siglos. Su preocupación no era saber si Cristo aparecía o no en las páginas del Antiguo Testamento, sino cómo habían de leerse. Guiados por el pensamiento platónico elaboraron todo un sistema de interpretación científica. Su intención fundamental fue conciliar la filosofía griega con las doctrinas cristianas: esto les llevó a un alegorismo, a veces exagerado, que rebasó los justos límites. Pero no por eso puede descalificarse su obra. Desde el punto de vista que ahora nos ocupa la escuela alejandrina produjo frutos de gran valor. La vasta erudición de Orígenes y su sincera piedad nos han dejado un rico patrimonio de tiempos tan remotos como la primera mitad del siglo tercero y por él

sabemos del pensamiento cristocéntrico de los cristianos en la lectura de la Biblia. El gran San Atanasio, que sostuvo valientemente la ortodoxia cristológica con válidos argumentos escriturísticos en épocas aciagas en pleno siglo cuarto, había aprendido de sus maestros alejandrinos esa doctrina que aparece en sus escritos.

Y para que brillara más el afán de los cristianos en la búsqueda de la verdad a través de las sagradas páginas, surge en pleno siglo tercero una nueva valiosa escuela en Antioquía por obra de los presbíteros Doroteo y Luciano. Con mayor sobriedad en el uso de la alegoría, insistiendo más en el sentido literal de la Sagrada Escritura y desarrollando los principios del sentido típico, esta escuela contribuyó poderosamente al desarrollo del dogma cristiano en la antigüedad y en la edad media. El más ilustre discípulo de los doctores de Antioquía fue Juan Crisóstomo cuyas homilías y cuya exposición de los escritos paulinos son joyas de valor permanente. Juntamente con Teodoro de Ciro, entre los más conspicuos, contribuyó a generalizar un método exegético que llegó a suplantarlo al alejandrino en las escuelas cristianas.

Estas dos tendencias de la época áurea de los padres han marcado pautas a la exégesis posterior: se han ido perfeccionando los métodos, pero al mismo tiempo ha ido afianzándose más y más la idea central: "Cristo ayer, hoy, siempre" (Hebr. 13, 8).

La investigación y la exégesis científica moderna no ha hecho otra cosa que confirmar y afianzar esta unidad cristológica de los dos Testamentos: fraccionar el mensaje bíblico, es ignorarlo. No saber hallar la figura de Cristo en el Antiguo Testamento, es despreciar la enseñanza evangélica y la teología paulina que nos presenta la línea de la historia de la salvación como la línea de Cristo. Con toda propiedad anota Cullman ("Christ et le temps", p. 75): "No se puede hablar de Cristo sólo a partir de un punto determinado de la línea, como si se hubiera podido antes hablar de Dios, haciendo abstracción de Cristo. Esto destruiría la unidad interna y grandiosa de esta línea. No estaría ya orientada hacia el acontecimiento central e introduciría en el plan divino de la salvación un principio dualista que obscurecería totalmente la concepción que los primeros cristianos tenían de la salvación".

Terminemos esta glosa con lo que nos enseña el Concilio Vaticano II en el N<sup>o</sup> 15 de la Constitución "Dei Verbum": "El fin principal de la economía antigua era preparar la venida de Cristo, redentor universal, y de su reino mesiánico, anunciarla proféticamente, representarla con diversas imágenes. Los libros del Antiguo Testamento, según la condición de los hombres antes de la salvación establecida por Cristo, muestran a todos el conocimiento de Dios y del hombre y el modo como Dios, justo y misericordioso, trata los hombres. Estos libros, aunque contienen elementos imperfectos y pasajeros, nos enseñan la pedagogía divina. Por eso los cristianos deben recibirlos con devoción, porque expresan un vivo sentido de Dios, contienen enseñanzas sublimes sobre Dios y una sabiduría salvadora acerca del hombre, encierran tesoros de oración y esconden el misterio de nuestra salvación".